

ro, ¿cómo no han pasado ya, arrastrando sus impecables maletitas con ruedas, generalmente de colores oscuros, tan neutras como los uniformes que visten? Los pilotos y las azafatas le han fascinado siempre. Las vidas que llevan, ese constante ir y venir de un país a otro, impecables hasta en el momento de más desconcierto. Grandes cosmopolitas. Y, en cambio, él inicia ahora una vida profesional que lo mantendrá siempre tras el mostrador, viendo cómo la gente pasa por delante de él y lo contempla como una molestia, un protocolo enojoso que le colocan en esta estación del vía crucis, a ellos, que llegan ansiosos o se van cansados, felices y cargados de sombreros, máscaras, anécdotas exóticas y esculturas de ébano. Será una vida gris. Trabaja siempre, los sábados por la noche saldrá con los amigos. Conocerá a una chica ni demasiado guapa ni demasiado fea, se casarán, tendrán tres niños, uno de ellos morirá a los ocho años en un accidente de coche y él mismo no le sobrevivirá mucho, víctima de una neumonía. Si bien se mira, ¿por qué se ocupa tanto por ese viajero? Sería fácil señalarle con la mano el camino de la puerta y respirar aliviado. Pero no lo hace porque de pronto empieza a sentirse cómodo. Es una situación única, piensa, no se repetirá jamás, jamás volverá a este primer día de trabajo. Vale la pena disfrutarlo, complacerse en observar cómo el hombre suda y padece. Nunca más se encontrará en el dilema en que se encuentra hoy. Pronto aprenderá a librarse de las dudas en décimas de segundo, consciente del riesgo de equivocarse pero sin que eso le amargue. Éste es un momento único que, acabe como acabe, recordará siempre. Por mucho que ahora le parezca insufrible no saber decidirse, llegará un día (cuando no dude ni un instante si hacer abrir o no la maleta a cada viajero) en que añorará esta madrugada. Por eso decide tomárselo con calma. ¿Qué prisa tiene?

## CUANDO LA MUJER ABRE LA PUERTA

Cuando la mujer abre la puerta de la azotea, el sol lo inunda todo: los ladrillos apedazados aquí y allá de tela asfáltica, el cielo azulísimo y los edificios de la otra acera, por cuyas ventanas se ven las mesas de las oficinas; casi todas vacías, porque es mediodía y la mayoría ha ido a comer. Ella, los demás días, también come a esa hora, pero hoy no. Hoy, con pasos lentos se acerca hasta la barandilla; le llega al vientre. Estira el cuello y mira hacia abajo. Los peatones no son exactamente como hormigas, como dice la gente, sino más bien como los monigotes diminutos que colocan en las estaciones de las maquetas de trenes eléctricos, esas con todos los detalles: vías, montañas, puentes, vallas publicitarias, ríos, un hombre con maleta y sombrero, una mujer sentada y con falda naranja, el jefe de estación con gorra y la bandera a punto para autorizar la salida del tren. Los coches los ve tan pequeños que le resulta imposible identificar los modelos y las marcas.

¿Cuánto debe de haber hasta el asfalto? ¿Un centenar de metros? Quizás algo menos, o quizás mucho más. ¿Cómo puede saberlo? Da igual: hay más que suficiente. Levanta una pierna para pasarla al otro lado de la barandilla,

donde hay un pequeño saliente a lo largo de toda la fachada, y coloca la mano sobre la falda de forma que no se le levante mucho. Es una falda gris, ligera, que se le amolda a las piernas. Sopla un viento fuerte que amenaza con arrancarle el cabello. ¿En la calle hace tanto viento, o sólo lo hace a esta altura? Es también por el viento por lo que los pezones se le marcan bajo el delgado jersey granate.

Justo entonces se da cuenta de que, pocos metros más allá, en la misma azotea, un hombre la mira. No lo ha visto hasta ahora, porque hasta ahora el hombre ajustaba la antena parabólica que hay tras la caseta por la que se accede a la azotea, por donde ella ha entrado. Lleva bata blanca y corbata, y una maletita primorosa, probablemente llena de herramientas igualmente primorosas. La presencia del hombre la molesta; no había previsto saltar delante de nadie y se huele que el hombre intentará disuadirla. Sin miedo, mira hacia abajo, adelanta el pie derecho, cierra los ojos, inspira todo lo que puede y entonces oye que él le dice algo. Si hubiese entendido que el hombre no ha dicho más que «espera», quizás ni se habría vuelto, pero, en parte porque el viento sopla tan fuerte que no permite oír nada con claridad y en parte porque el hombre habla con una voz guttural, la mujer no entiende qué ha dicho exactamente y eso hace que se detenga un instante. Gira la cara y se aparta con la mano el cabello que se le arremolina. El hombre está ahora más cerca, y por eso puede ver que tiene una nariz decidida y una barbilla dura. La mujer baja ligeramente los ojos para certificar con horror que los pezones aún se le marcan bajo el jersey. Desde esa distancia, el hombre debe de poder verlos, seguro. Y, en efecto, los podría ver si se fijase, pero no se fija porque —a causa de sus pocos años— es aún enamorado y romántico, y por ese motivo ha centrado toda la atención en los ojos negros

de la mujer. Una mujer tan bonita y con unos ojos negros tan negros, piensa él, ¿por qué querrá tirarse? Evita caer en la cursilería de pensar que quizás el hecho de ser bonita es precisamente lo que le ha acarreado la infelicidad y los desganaños. Se da cuenta de que, si quiere evitar que se tire, tiene que encontrar —rápido— un argumento que la convenga de desistir, pero no se le ocurre ninguno.

—¿Por qué no vienes hacia aquí y hablamos? —dice. Vaya primera frase más desabrida; ella ni se mueve—. Desde donde estás no podemos hablar bien —insiste.

Ella no habla pero de momento ha detenido la acción de tirarse, piensa el hombre, que ha dejado la maletita en el suelo y se le acerca poco a poco. Su bata ondea con un ruido fuerte, rápido y monocrorde —fua fua fua fua— y la corbata es un banderín de barca en medio de un vendaval. Se trata de una danza, piensa ella: él cada vez se irá acercando más y yo cada vez tendré que irme apartando más.

—No te acerques más o me tiro.

—Si no te tiras me quedo aquí.

—Me tiraré de cualquier forma.

—No seas estúpida. Y discúlpame la franqueza. Quizás «estúpida» no es la palabra adecuada. De entrada, porque podría ser que, al llamarte estúpida, consiguiese que acabases de decidirte y te tirases. Quizás el estúpido soy yo, porque al llamarte estúpida no estoy ayudando mucho a convencerte de que no te tires. No lo sé hacer mejor. Lo siento. No sé por qué quieres tirarte, ni si es asunto mío, ni si tengo derecho a meterme donde no me llaman, pero lo que te digo es que creo que, de verdad, sea cual sea el motivo, no vale la pena.

—Sí que vale la pena.

El hombre se ha acercado un poco.

—¿De verdad vale la pena? —pregunta. Ella no responde.

El hombre cierra los ojos porque el sol le deslumbra. La mujer lo mira. ¿Estará moreno de la playa o de tantas horas de sintonizar antenas por las azoteas? En un momento que el viento mengua y él deja de cerrar los ojos, ella ve que son de un color azul terrible.

—Esta noche estrenan una película preciosa —dice el hombre—. Si quieres acompañarme, te invito.

—¿No tienes con quién ir y por eso me invitas?

—Si tengo que ser te sincero, sí.

—Si no es verdad, es que se trata de una mentira sólo para convencerme. De hecho, no te importa que vaya al cine contigo. Te parece que, haciendo el papel de desgraciado, de miserable que no liga, conseguirás que crea que tu vida es peor que la mía y, en consecuencia, que, bien mirado, no tengo ningún motivo para tirarme. Pero tú no sabes nada de mi vida, ni tienes derecho a meterme en ella. Ni a simular que quieres ir al cine conmigo sólo para que no me tire. Por otro lado, podría ser verdad la situación contraria: que de verdad quieras que no me tire para, así, tener a alguien con quien ir al cine. Tienes que reconocer que, en ambos casos, la propuesta es decepcionante. Además, hoy es lunes y los lunes no estrenan nunca películas.

—No es verdad. Hay lunes que sí estrenan películas. Normalmente, tienes razón, las estrenan otros días de la semana. Jueves y viernes, sobre todo. Pero también estrenan los lunes. Una vez, un amigo mío, que hizo de ayudante de cámara en una película, me pasó una invitación para ir al estreno. Y era lunes. —El hombre se queda en la barandilla, sentado con los pies hacia dentro. Con la mujer de perfil, se fija en los pezones, dos balas que quietan las curvas suaves de los pechos; se pregunta si es sólo el viento lo que los pone erectos—. Mira, no entiendo mucho de psicología, ni sé cómo hay que hablar con alguien que

está a punto de tirarse desde lo alto de un edificio, ni tan siquiera si el simple hecho de referirse a ello es positivo o negativo. Cada idea, cada palabra que digo, no sé si va a favor o en contra de evitarlo. Ya que no soy psicólogo te seré sincero; y espero, te lo digo de verdad, que no te tires. No lo sé, no te conozco, y por lo tanto quizás imagino cosas sin ninguna base. Pero sin conocerte no te puedo conocer, y es verdad que no te miento. Querría ir contigo al cine y a cenar, y cogerte de la mano por el parque, y no perderme tus ojos de color negro.

—Son castaños.

—Castaños? Al hombre le parecían negros. La luz cegadora de la azotea lo ha llevado a confundir un color con otro, los dos oscuros. Un grave error que debe de restar convicción a su actitud romántica. Para actuar enseguida y no dejar que ese error se le vuelva en contra, el hombre pasa las piernas por encima de la barandilla, de forma que también él las tiene ahora hacia fuera, con los pies sobre el saliente. La mujer abre la boca para hablar, pero enseguida la cierra sin decir nada. En un muchacho tan joven... ¿Qué edad tendrá? ¿Veinte años recién cumplidos? ¿Qué sabrá, del mundo? Quizás es verdad que quiere conocerla, porque la ve al alcance, frágil y mayor que él; quizás es verdad que quiere salir con ella, pero sólo porque le cuesta salir con muchachas de su edad. O quizás no. Quizás no es más que un buen samaritano. O ha oído hablar de la experiencia de la mujer madura y quiere aprender, y de paso hacer una buena acción. El hombre se ha ido acercando poco a poco y ya está junto a ella, alargando el brazo derecho en un gesto que cree decisivo, porque, si cualquier inflexión del gesto despertase fantasmas en la mujer, se tiraría de inmediato. Pero la mujer se deja abrazar e incluso busca con la cabeza el hombro de él. No quiere pre-

guntarse por qué. Si hace un momento no hubiese aparecido este muchacho, probablemente se habría tirado, tal como preveía. En cambio, ahora, y no porque espere nada de él, por nada del mundo se tiraría. No espera nada de él porque en la franqueza de sus ojos azules lee el veneno que la hará sufrir una vez más: la imprudencia, la inconsciencia o la frivolidad que ha conocido tantas veces. Pero ¿acaso no lo daría todo por sentir una vez más ese veneno por el que (y por cuya ausencia) ofrecería la vida? Sin prisa, acerca los labios hasta dejarlos sobre el hombro del muchacho, sin darle ningún beso (porque se contiene), y deja que acto seguido el hombre la ayude a levantar la pierna derecha, primero, y después la izquierda, hasta localarlas al otro lado de la baranda, de regreso en tierra firme, justo antes de que, al levantar él la pierna izquierda para pasarla por encima de la barandilla, un ladrillo del saliente se parta bajo su pie derecho, el pie le resbale, pierda el equilibrio y, aunque ella estire los brazos para cogarlo y él arañe la barandilla en un intento de agarrarse, caiga al vacío sin ningún chillido. La mujer se aleja aterrorizada, baja la escalera deprisa. Vuelve a la oficina —no hay nadie—, marca un número de teléfono. Suena durante un rato, por fin descuelgan y ella dice: «Oh, Quique, he estado a punto de hacer un disparate.»

## EL NIÑO QUE SE TENÍA QUE MORIR

Vivía en la Diagonal, cerca de Entença y en la acera de mar. Yo tenía diez años, y él, quizás ocho. Era delgado, de aspecto pálido y quebradizo. Su padre era médico y a su mujer le decía siempre: «No te preocupes, ya verás como lo curo. Te juro que lo curaré.» Y es verdad que se dedicaba a ello: se pasaba horas y horas, todos los días, buscando en libros de medicina referencias a la enfermedad de su hijo, y escribía cartas a especialistas de todo el mundo para encontrar una solución.

Yo era el hijo de la costurera y, a veces, cuando no tenía escuela porque estábamos de vacaciones, para no dejarme solo en casa mi madre me llevaba con ella. Cada día iba a coser a casa de una señora diferente. A mí me parecía bien eso de ir a las casas de las señoras, mientras me dejaban un montón de revistas para leer. En casa no había nunca revistas —ni una— y en cambio las señoras para las que mi madre cosía tenían montañas. Revistas con mucho texto y muchas fotografías, en blanco y negro y algunas incluso en colores, unos colores desvaídos, fruto de la tecnología de la época. Además de revistas, en algunas casas también había cocacola, que era un producto que a mí me